

paternidad, que le obliga á no rehusar su nombre á lo que, en algun modo, le debe la vida. Con esto, ya que imposible es que V. lea á todos mis fábulas, me cabe el consuelo de que todos leerán su nombre al frente de ellas, cubriéndolas y avalorándolas con todo lo que ese mismo nombre significa en la república de las letras. Cuando nada de esto fuese bastante á dejar bien justificada esta dedicatoria, lo sería siempre, para la mucha bondad de V., la ocasion que, aceptándola, se le presenta de añadir nuevo obsequio á los muchos y grandes y muy señalados favores con que ha distinguido, sin merecimiento alguno propio, á quien le estima como insigne amigo y le respeta como á sabio maestro.

CAYETANO FERNANDEZ.

Madrid 26 de Mayo de 1871.

A LOS QUE LEERAN.

Nunca, ni la palabra, ni la escritura alcanzaron éxito tan eficaz como valiéndose del apólogo; porque la inteligencia humana, sobre todo en los primeros albores de la vida, más se deja llevar del animado ejemplo, que de la árida amonestacion; y cuando no puede recrearse con la representacion viva de hechos imaginarios [que es su encanto mayor], goza deleitablemente con la relacion breve, sencilla y clara de toda clase de consejas.

Reconocida la activa y poderosa influencia que ejerce indirectamente el apólogo por medio del ejemplo, sólo deben admitirse en tales composiciones los asuntos honestos é inofensivos, de cuya relacion, y sin necesidad de comentarios, se venga á desprender enseñanza provechosa. Así que, lle-

vado de este convencimiento, y considerando las buenas fábulas como la verdadera filosofía de los niños, exhorta Platon á las nodrizas, en el libro segundo de su *República*, para que instruyan con ingeniosos cuentecillos á los tiernos infantes.

Llámase propiamente *apólogo* una ficcion inocente y decorosa, explicada con brevedad, claridad y sencillez, donde, hablando ó interviniendo hasta los séres irracionales, se enseña agradablemente una verdad moral, económica ó política, destruyendo errores y mejorando las costumbres. El apólogo nació de la necesidad que tuvo el hombre de concretar las demostraciones abstractas, y de transmitir por medio de la palabra á sus hijos y descendientes el sazonado fruto de la experiencia. Así, pues, data su origen de los más remotos siglos. Difundióse por las regiones del Indo y el Ganges, donde, al influjo de las ideas panteísticas y de la metempsícosis [consecuencia inmediata de ellas], podia suponerse con alguna verosimilitud dotados de razon y palabra á los séres irracionales é inanimados. Con lo cual la India nos ofrece antiquísima coleccion de fábulas políticas, en la intitulada *Kalila y Dimna*, por los nombres de las dos zorras del primer apólogo, y que tambien se dice *Pancha-Tranta*; esto es, las cinco partes ó capítulos, trabajo atribuido al brazman Pilpay ó Bid-

pay. Un compendio de esta obra lleva el rótulo de *Hitopadesa* [Instruccion saludable,] y le trajo á Persia en el siglo VI de nuestra Era el médico Barzúyeh, que le tradujo en lengua pehleví, dedicándolo á Cosroes, segundo de los príncipes sasánidas. Hácia el octavo siglo pasó esta version al arábigo el persa Ruzbeh, sectario de Zoroastro, llamado, al hacerse musulman, Abdállah-ben-Al-mocaffá; y de aquí vino al griego en la pluma del médico Simeon, cuando terminaba el siglo XI. Con ello persas, árabes y griegos no cesaron de compendiarlo ó ponerlo en verso, animando á los judíos, á los italianos, alemanes y españoles para que lo poseyeran tambien en su lengua respectiva. Al Rey D. Alfonso X, el Sabio, y siendo infante, se debe la más antigua y más bella version castellana, hecha á vista del ejemplar arábigo de Al-mocaffá.

Pero la prueba más remota del predominio y eficacia del apólogo, está en el sagrado *Libro de los Jueces*, en aquella *fábula de los árboles* con que Joathán, hijo de Gedeon, reprendió, mil trescientos nueve años ántes de Jesucristo, á los siquemitas el asesinato de los setenta hermanos suyos por el bastardo Abimeléch. ¿Dónde más poderoso medio cuando se trata de persuadir y demostrar brevemente? Con sólo cierta fábula ingeniosa, pin-

tando una discordia entre el humano vientre y los miembros, logra Menenio Agrippa salvar la república romana y deshacer un feroz motin del pueblo contra el Senado.

Un hombre, insigne seguramente, floreció en Frigia quinientos sesenta años ántes de nuestra Era, esclavo de dos filósofos, al segundo de los cuales debió la libertad. Llamado por Creso, Rey de Lidia, obtuvo señalados beneficios de él, y luego hubo de recorrer Grecia, Persia y Egipto, mereciendo por la inventiva, dulzura, sencillez y sana moral de sus apólogos, que los atenienses le erigieran una estatua y la colocasen al frente de las de los siete sabios, contemporáneos suyos; distincion bien merecida y que la posteridad ha confirmado, extendiendo y vulgarizando por todo el mundo las obras de tan maravilloso ingenio. ¿Quién no conoce, quién no admira las *fábulas* de Esopo? No pudo desvirtuar su gloria el haberle precedido Hesiodo, fingiendo un coloquio entre el ruiseñor y el gavilan, pues la fama en los trabajos intelectuales suele adjudicarse, no tanto al inventor como al que aplica y perfecciona con utilidad el invento. Llamáronse *esópicas* las buenas fábulas que se compusieron de allí en adelante, y los inmortales rasgos del narrador frigio alcanzaron ser puestos en verso por Sócrates.

Apasionado imitador del antiguo apologista, brilló en Roma, seis siglos despues, Fedro, nacido en Tracia, y liberto de Augusto, adquiriendo imperecedero renombre con sus cinco libros de *Fábulas esópicas*, las cuales rebosan en gracia, moralidad y sencillez. Los elogios que en ellas hizo á la virtud, valiéronle sañuda persecucion del ministro Seyano; pues la tiranía de los déspotas se enfurece al oír la voz de la verdad, engaitados con las nauseabundas lisonjas y adoraciones de hombres infames, que en la adulacion hallan su medro.

Cuando en la edad de Esopo y Fedro el lenguaje simbólico se hallaba generalizadísimo, y las figuras y estatuas de los monumentos hablaban casi tanto como las inscripciones, fué acertado invento el de valerse de los animales y de las piedras y de los árboles y montañas, para personificar los actores de las fábulas; puesto que cada clase de aquellos séres irracionales ó inanimados, por su aspecto, costumbres, naturaleza, condiciones, y propia y característica fisonomía, ofrece semejanzas admirables con el sér racional, que pueden utilizarse en la crítica y retrato de la sociedad humana.

Tambien, á últimos del siglo VI, Rufo Festo Avieno, se aprovechó de las fábulas de Esopo, reproduciéndolas en versos elegiacos.

Pero quien las hizo familiares entre los españo-

les fué Pedro Simon Abril, que las tradujo del griego al latin y al castellano juntamente, con admirable perfeccion, año de 1575.

Á Esopo no se ha de estimar genuino creador del género apológico, por más que hubiera de aparecer éste y resplandecer en su ingenio con la perfeccion y gallardía que mostró Minerva al nacer de la cabeza de Júpiter. Cultivóse en la edad augustea y en la de Teodosio; pero, como todas las amenas letras, hubo de olvidarse con la ruina del imperio romano, preocupada por grandes intereses la Europa, y empeñada en feroz lucha durante largos siglos. No sucedió así en el Oriente, donde la fábula y las fábulas tuvieron su cuna, y de donde volvió al Occidente el apólogo en cuanto hizo, con la de los árabes, causa comun la literatura latina.

La version del libro oriental de *Calila é Dymna*, hecha en el siglo XIII, por orden del Rey Sabio, y la de otras leyendas del mismo origen, fueron despertando en los escritores españoles la aficion á la parábola.

Generalizado ya este gusto en el siglo siguiente, compuso D. Juan Manuel, ilustre nieto de San Fernando, su *Conde Lucanor* ó *Libro de Patronio*, año de 1327; que es una verdadera coleccion, en prosa, de cuentos doctrinales, tomados tres de ellos de las *Fábulas de Pilpay*, dos de la *Discipli-*

na clericalis, de Pedro Alfonso; uno, el del hombre que probaba á sus amigos, está en el *Libro de los Castigos é Documentos*, escrito por D. Sancho el Bravo; y otros vienen de historias árabes.

Casi por la misma época [1337 á 1367] trazaba Joan Roiz, Arcipreste de Hita, su *Libro de Cantares*, introduciendo varios apólogos con el nombre de *ensiemplos*, algunos espirituales y de sana doctrina, y otros que, teniendo por asunto el amor profano, á pesar de la buena intencion, ofrecen arriesgada enseñanza.

Tanto D. Juan Manuel como el Arcipreste de Hita disfrutaron, para sus inapreciables, antiguas y populares tradiciones, de los libros orientales que abundaban entónces por toda España, y los de griegos y latinos. Dígalo, si no, en los *Cantares*, el *ensiempro de las ranas en cómo demandaban Rey á D. Júpiter*.

El *Exemplario contra los engaños y peligros del mundo*, version española hecha entre 1420 y 1480 del *Directorium humanæ vitæ, alias Parabola antiquorum sapientum*, por Juan de Cápua, es sólo una mera traduccion de las *Fábulas de Pilpay*. Con la Edad Media acaba el gusto por el apólogo; otra cosa muy diferente viene á ser ya la fábula durante el Renacimiento, convertida en canto épico, lírico ú elegíaco; y han de pasar

más de dos siglos ántes que Esopo, Fedro y Bidpay vuelvan á inspirar á los poetas españoles.

Ni el advenimiento de la Casa de Austria, que llevó nuestras banderas á las regiones del Norte, patria de los cuentos y leyendas, y donde no era extraño el conocimiento y uso del apólogo; ni las españolas empresas de Italia, de cuyo suelo habíamos traído ya el *Decameron* de Bocacio, lograron despertar la afición perdida. El ideal fantástico y hazañoso de los libros de caballerías, fiel intérprete del pensamiento español en aquellos siglos, tenía que desdeñar la ingenuidad y sencillez positivas y triviales de la parábola, arrinconándola como trasto viejo de gañanes y pastores, impropio de los cintillos, plumas y vengalas del apuesto guerrero. Sin embargo, en cuanto llegó á mayor edad la hispana Talía, gozaronse nuestros colosos dramáticos en interpolar con multitud de cuentos y algunas verdaderas fábulas, sus obras escénicas, mientras los rasgos de Esopo y Fedro servían de amoroso texto en las escuelas.

El último renacimiento greco-romano, intentado á orillas del Sena, vale á Francia un Lafontaine, que aprovecha los trabajos de cuantos fabulistas le habían precedido, pone de moda á su muerte el apólogo en toda Europa, y anima á los españoles del pasado y del presente siglo.

¡Con qué preciado tesoro de elegantes parábolas enriquecen nuestro Parnaso multitud de escritores insignes, tales como un Iriarte, un Samaniego, un Agustín Príncipe, un Hartzenbusch, y tantos otros beneméritos de las musas! Literatura, moral, política, la sociedad entera, el hombre en todos sus estados y clases, muestran al ingenio español nuevas y desconocidas sendas para lucir la imaginación más florida, el fecundo estudio, la más noble experiencia. Quedaba todavía por beneficiar una rica mina, la de la verdadera *fábula ascética*, por más que este ó aquel de los *ensiempros* introducidos en los *Cantares* del Arcipreste de Hita, aspiren á tan alta calificación.

Ardua y llena de riesgos la empresa, como muy delicada de suyo, acometiéndola hace poco el Sr. D. Cayetano Fernández, individuo de número de la Real Academia Española, con fé cristiana, vasto saber y ánimo constante; y llevó al apólogo la verdad de las verdades, la verdad evangélica, correspondiendo el asunto á los fines, y la forma al asunto. Guardado estaba un tan digno lauro para el eclesiástico respetable que (dotado del númen creador y poético, que del cielo y no de otra parte se recibe) cultivó todos los buenos estudios, y el mayor de todos, el de la Sagrada Teología, morando en los vergeles de la bella literatura; y que pudo co-

nocer á fondo el corazon humano en el constante ejercicio de su sagrado ministerio. Preciso era que se reuniesen todas estas cualidades y circunstancias en una sola persona, para escribir gallardamente las *Fábulas ascéticas, en verso castellano y en variedad de metros.*

Si la enseñanza de buenos principios constituye la naturaleza del apólogo, ¿qué documento más provechoso y de mayor importancia que el apólogo ascético, cuyo objeto es la moral evangélica, y á veces tambien el dogma, dirigiéndose todo por la mira de despertar al lector y conducirle agradablemente á la perfeccion cristiana?

Véanse, pues, en las *Fábulas ascéticas* del Sr. D. Cayetano Fernández verdades gravísimas y profundas, como en las parábolas que intitula *El Tiempo, El Sol y la Luna, El Siglo XIX y el Solitario, Los Pecados Capitales y El Aire y el Insecto;* terribles amenazas, como en *El Niño Diabólico, La Exposicion artística de los Animales, El Mastin y el Perro, Lo de Arriba Abajo, La Erupcion del Vesubio y El Primogénito;* ejemplos los más instructivos, como en *El Médico enfermo, La Dama y el Esqueleto, El Girasol, El Doblon y el Andrajo, El Joven como hay muchos, Júpiter y varios Animales, El Leopardo y la Ardilla, Las Dos Amigas, y El Cerdo y la Mona;* y, en fin,

pensamientos los más consoladores, como en *La Azucena, El Llanto y la Risa, El Caracol y el Cigarron, El Armiño, El Castor y el Jabali, Dorila y Aminta, y La Rosa entre espinas.* El Evangelio, que admiramos y veneramos esculpido en piedra y en bronces, pintado en lienzos, descrito en viajes y cantado en poemas, ha sido tambien puesto en fábulas por el digno eclesiástico sevillano cuya eleccion tanto realce ha venido á dar á la Real Academia Española.


El fabulista recorre todos los metros conocidos, y los ensaya nuevos, en combinaciones peregrinas y de suma dificultad; lo cual hace que estas *Fábulas,* puntuadas como están esmeradamente, sean lo más á propósito para adiestrar á los niños en la lectura del verso, y para afinar su oido, obligándoles á recorrer todo el diapason de la métrica española.

Abundan los sonetos en el libro del Sr. D. Cayetano, porque el fabulista no perdona medio, por costoso que le haya sido, para conseguir que los lectores beban sin repugnancia el licor, amargo muchas veces al humano apetito, animándolos con el atractivo de la copa en que se lo brinda.


Niños y ancianos, sábios é ignorantes, malos y buenos han de hallar instruccion y deleite con esta obra; comentarla fuera impertinencia; recomen-

darla, vanidad. Ella por sí misma se recomienda á quien tiene la suerte de cogerla en sus manos; y harto lo dice el haberse en breve tiempo agotado ya dos ediciones de seis mil ejemplares, y el buscarse con tal interes y vivo empeño, que es necesario esta tercera.

Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.



AL QUE LEYERE



Creo que ni la más delicada conciencia podrá inquietarse por ver publicar fábulas de asuntos religiosos, cuando ese género de literatura se ha destinado siempre á enseñar grandes cosas, y cuando hasta el mismo celestial Maestro Jesucristo expuso y encerró en parábolas altísimas verdades de su soberana doctrina. Ciertamente que las parábolas no son idénticamente fábulas, atendida la índole especial de estos poemas, pero les falta muy poco; y yo, de buen grado, hubiera hecho de todas las del Evangelio otras tantas fábulas, si un respeto bien justo no me hubiera impedido alterar en lo más mínimo el sagrado texto.

La idea, sin embargo, de escribir una colección de esta especie, es, á mi modo de ver, completamente nueva. Tenemos fábulas morales, fábulas políticas, fábulas literarias, etc.; pero fábulas ascé-

ticas, son éstas, ó yo me engaño mucho, las primeras que se ofrecen al público. Muy léjos estoy, empero, de querer arrogarme la honra de esta novedad: no es invencion mia, no, sino del tiempo en que vivimos, ó más bien del cotidiano estudio de sus necesidades. Una generacion, en tan visible parte ligera, frívola, engréida ó codiciosa, no es muy de esperar que acuda á nutrir cristianamente su espíritu en las grandes obras de los Ascéticos, y eso que los nuestros son los mejores del mundo. Era, pues, necesario hallar un ardid, y obtener el medio ingenioso de llevar á ciertos entendimientos y hacer sentir á ciertos corazones las máximas eternas y las inspiraciones cristianas; y que la píldora de la verdad, casi siempre amarga, pasase así á producir sus efectos, deleitando, ó por lo ménos sin haber incomodado ántes en el paladar.

Esto es lo que me he propuesto con la presente obrita, no sin haber desmayado muchas veces, en vista de los obstáculos que ofrecia la empresa. Y ciertamente, la necesidad de reunir y conciliar, en una multitud de composiciones, la concision y sencillez de los planes con la trascendencia de los pensamientos, y el estilo festivo y la animacion de los cuadros con lo profundamente sério de las enseñanzas, es dificultad ante la que me hubiera rendido por completo, si lo mucho que falta á mi po-

bre ingenio no hubiese venido á suplirlo la voluntad enérgica que me suministra un poco de zelo sacerdotal del bien de las almas. No es esto decir que he salido vencedor: estoy muy distante de creerlo; pero seria dichoso si con esto, que calificaré de *osada tentativa*, lograrse llamar la atencion de nuestros verdaderos ingenios hácia un campo tan precioso, tan dilatado, que en la actualidad se les presenta enteramente inculto.

Diráse que si la puntería va desde luego dirigida tan alto, ¿á qué nombrar á cada paso los niños, como si ellos fueran el único objeto de mi atencion y de mi trabajo? ¡Oh! eso es, lector muy benévolo, porque una larga experiencia enseña que, en punto de religion, hay muchos niños: niños á quienes los años, la inteligencia, la ocupacion colocan ya, más ó ménos distantes, del primer período de la vida. Porque niños son en esta materia los que, desvanecidos con los pasatiempos y placeres de la sociedad pagana en que vivimos, encuentran fastidioso, insoportable, todo lo que pone en sus almas la meditacion y el desengaño: niños son los que, entregados por completo á los afanes y adquisiciones del siglo, no reservan ni un momento siquiera para la única cosa necesaria: niños son, en fin, cuantos atraídos, por aficion ó por necesidad, al estudio de una ciencia ó al ejercicio de una facultad, olvidan,

y desconocen al cabo hasta aquello mismo que los verdaderos niños saben de la gran ciencia de la salvacion. Ved por qué, hablando tambien con los doctos, no he tenido inconveniente en autorizar mis fábulas colocando al frente de cada una el texto latino de un sentimiento de la Sagrada Escritura, cuyo desenvolvimiento es el asunto, y cuya traduccion literal se encuentra siempre en el apólogo, ó es la moraleja con que termina.

Mas no por eso me persuado de que mi tarea sería, en todo caso, completamente inútil para los cristianos fervorosos y de buen espíritu. Antes por el contrario: las santas ideas deben suministrarse en todas las formas convenientes; mucho más hoy, que son tan escasas en número las lecturas amenas que pueden circular sin recelo entre las personas timoratas. Y, si mi obra valiese algo; si yo hubiera logrado elvarla á la altura de mis deseos, no seria poco triunfo el poder decir, que habia dado con el secreto de presentar un libro que, deleitando sin peligro en manos de una monja, enseñña sin fastidio en manos de un *despreocupado*. Entónces sí que, con más razon acaso que el fabulista de la antigüedad, podríase repetir desde el principio de estas páginas:

Duplex libelli dos est, quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.

PROLOGO

LIBRO PRIMERO

FABULA I

Los Canarios Filarmónicos

Aperiam in parabolis os meum.
[Psalm. LXXVII, vers. 2].

No recuerdo en qué fecha ni en qué parte
Un anciano, gran músico, vivia,
De severos principios en el arte
Hasta rayar en cáustica manía.

A cualquiera invencion llamaba abuso,
Sin atender á edad ni á gustos varios;
Y en tan loco sistema se propuso
Adiestrar en la solfa á unos Canarios.

Con tal fin, en sus doctos mamotretos
Les obliga á estudiar sin perder ripios;
Queriendo que tan hábiles sujetos
Aprendiesen el arte por principios.